

cerlo, más que de otra parte. En consecuencia, el país, la República, la inmensa extension del territorio mexicano con sus diez millones de hombres, tenían que perderse ante su vista y solo quedar bajo ella, claro y distinto, el palacio, con sus salones, galerías, escaleras, patios, que tanto conocía. Lo conocía en todos sus rincones, pazadizos, sitios apartados y misteriosos, tan propios para hacer de ellos gabinetes de trabajo como retretes de placer. . . . "¿Con que todo esto es mio?—" "Sí señor, es de usted," le gritaba cada caravana, cada rendido ademan de los que se le acercaban. Venía el gobernador de palacio á protestarle que todo el edificio estaba tan completamente á su disposicion como su propia persona, se le presentaba el conserje con su manojó de llaves pidiendo órdenes. No se necesitaba más para acabar de adherir su voluntad al palacio. Y bajo la influencia de ese sentimiento materialista, en vez de pensar en que le habia caído en sus manos la suerte de un pueblo, no le fué dado pensar sino en que acababa de adquirir una nueva é inmensa casa donde podia gozar y prosperar. ¿Qué casa era aquella?

CAPITULO IV.

EL PALACIO NACIONAL.

I.

La nueva casa que Manuel Gonzalez adquirió o creyó adquirir elevándose á la presidencia de México el 1.^o de Diciembre de 1880, era una casa muy vieja. El observador no tenia más que verla para convencerse de que de lo alto de ella le estaban contemplando algunos siglos. En vano era que la escobaceasen y pintarreasen los albañiles, que los carpinteros repusiesen las puertas-vidrieras de sus balcones, que los arquitectos le añadiesen algunos apéndices de ornamentacion ó de deformidad. . . . la casa quedaba siempre vieja á la vista, más vieja de lo que era realmente. Su fachada, sin ser ruínosa, parecia ruína; sin tener cuatro siglos aparentaba haber cumplido los diez y nueve de la Era. El Arte infunde eterna juventud á los edificios; la

ausencia del Arte les infunde una eterna vejez. Una columna de las ruinas helénicas de Poestum, un trozo de capitel del Foro romano medio hundido en el polvo, ellos con sus treinta siglos de existencia, no son á la mirada tan viejos como lo era el muro liso y la tosca cornisa de aquella fachada de tres siglos. Tres siglos son tres primaveras para la piedra arquitectónica; sólo que las tres primaveras pasan sobre ella sin herirla cuando ha sido tallada bajo la inspiracion de Miguel Angel y colgada en una arquivolta de la Basílica, mientras que pasan afeándola y envejeciéndola como tres crudos inviernos cuando ha sido modelada por un tal arquitectillo Juan Peinado y empotrada en el jambage de una ventana de la casa que fué de Manuel Gonzalez y habia sido palacio de 62 vireyes.

Y sin embargo de vejez tan prematura, la construccion erigida sobre ese lado oriental de la gran plaza de México, ha tenido desde sus orígenes una novedad nominal. "*Casas nuevas* de Moctezuma" le llamaban los últimos aztecas, "*Casas nuevas* de Cortés" le llamaban los primeros españoles, uno y otro nombre *nuevo* en oposicion á las *casas viejas*

de Moctezuma y de Cortés situadas frente al Em-pedradillo, en el actual Montepío. . . . Un día del año de 1521, el conquistador castellano, pasando entre las ruinas de la Tenoxtitlan, arrasada de órden suya por quinientos mil demoledores, sintió remordimientos por tan inmensa hecatombe de muros y techos. El deleznable adobe del caserío de los *mazehuales* iba ya confundándose con el polvo del suelo, y sólo entre tantas ruinas desmoronadas, al lado del teocalli de Huitzilopxtli de pie todavía, como si fuera la maldicion subsistiendo sobre la matanza, á su lado oriental vió el conquistador un monton de ruinas más sólidas en que abundaban materiales de cal y canto, pórfido, tezontli, y una especie de jaspe negro. . . . Eran los restos de las *casas nuevas* de Moctezuma. Y triste ante ellas el conquistador como Mario ante Cartago, amó el lugar que habia abominado, sintió vagamente en el alma el arrepentimiento del sacrilegio histórico que acababa de cometer demoliendo el alcázar indio, y quiso repararlo, reparando con sus escombros el edificio mismo. A los pocos dias, las piedras fueron removidas, los muros reconstruidos, pero no su

vieja arquitectura. Ella es hija de la época, y la ruda época indiana que la falsa historia ha querido presentar con un esplendor que no tuvo, no necesitaba en el edificio más que un espacio cerrado y acotado por un lindero que por lo bajo más se aproximaba al cercado que al muro, una puerta que no era más que un boquete abierto para dar paso al cuerpo de un hombre, y un *petate* colgado en ella enrollado ó desenrollado, según se lo inspirara al habitante la atmósfera de fuera. Las *Casas nuevas* de Cortés se levantaron con las mismas piedras y en el mismo sitio que las de Moctezuma, modificadas con el nuevo sello que les imprimió la conquista. Era éste el sello caballeresco y guerrero de la empresa de Cortés en la tierra sometida. La construcción, aun la destinada para simple vivienda del conquistador, se la levantaba con el pensamiento en el combate. De allí el muro almenado y atronerado, con torreones ó bastiones en los flancos, que tuvieron las *Nuevas Casas* de Hernán Cortés. Era un edificio de defensa contra la posible agresión del indio mal subyugado. No le faltaba para castillo feudal ni aun el foso guarneciéndole

al pié. Teníalo hacia el costado Sur, en la *Acequia*, cuya zanja se dirigía por medio de la calle entre él y el mercado que después se llamó del Volador; y circundado por las lagunas que ceñían la casi flotante Tenoxtitlan, resultaba como una fortaleza natural provista de los recursos militares de la época. La artillería coronaba sus bastiones, y en caso dado, un arcabuz asomaba por cada una de las troneras abiertas como hendiduras bajo las ventanas, y entre almena y almena, salían bocas inflamadas por el azufre del Popocatepetl * escupiendo plomo.

Murió Cortés, y su *Casa nueva* fué adquirida, por el gobierno vireinal, de su heredero el Marqués del Valle, D. Martín, á quien la compró para residencia del virey, Audiencia y otras oficinas públicas mal halladas en las *Casas Viejas* del Empedradillo. Desde entónces, el edificio aquel fué Palacio de Gobierno, con varias y sucesivas modificaciones que jamás pudieron borrar su sello primitivo. Sus cualidades distintivas no fueron desde entónces

* Histórico. Hernán Cortés, careciendo de pólvora, y no teniendo más que uno de sus componentes, salitre, hizo extraer el azufre que le faltaba, del cráter del Popocatepetl.

más que dos: la grande extension y la fortificacion. "*Quanta et quam munita facies!*" (¡Qué grande y qué fuerte fachada!) exclamaba en 1554 Francisco Cervantes, célebre latinista mexicano, por la boca de un personaje de sus *Diálogos*, refiriéndose al Palacio vireinal. Almenas, troneras, torreones y una area considerable era todo lo que le recomendaba á la atencion. Esa area comprendia, á más de la fila de habitaciones del frente, única construccion primitiva, vastos solares y un huerto en calidad de dependencias de la finca. El precio en que el Gobierno la obtuvo fué el de 34,000 *castellanos*, con la adicion de \$ 9,000 en materiales de construccion, suma que en pesos arrojó la cifra cabalística de \$ 33,300. Esa suma sirvió para dotar á dos hermanas del marqués próximas á contraer matrimonio. ¡Singular manera de albergarse por los siglos de los siglos tuvo el gobierno de México, que buscó asiento sobre las ruinas de un alcázar indio y lo halló mediante un desembolso para casar con sus novios á dos hijas del conquistador!

II.

Acaeció dicha compra de las casas destinadas á Palacio el año de 1562, en que reinaba en España Felipe II. Con su mandato ó autorizacion se la hizo, y él asignó á la finca *para reparos* la enorme suma de 150,000 maravedís anuales, que no hacen más que 220 pesos. Se comprende que con tal dotacion no habia para hacer de ella la octava maravilla. Felipe II, el hombre del Escorial, derrochó todo el génio clásico de España en su monasterio aparrillado al pié del Guadarrama, y no quedaron para el Palacio del vireinato de México más que algunos maravedís para sobreponer piedras sin el socorro del Arte. Eso sí: se trajo mucha piedra arrancada al vecino cerro del Peñon, y se empezó á fabricar dos órdenes de galerías, crujías de aposentos, una escalera de doble ramal, todo vasto, pero sin órden. A uno y otro lado del gran patio, patios menores sin relaciones de simetría ni estilo, y luego cada virey nuevo venia añadiendo un ele-

mento nuevo al desconcierto. Parecía perseguirse un ideal arquitectónico inspirado sólo por la necesidad del lugar ó del momento. Se necesitaba en cierto aposento un haz de luz solar para algunos escribientes, y venia la barra del albañil á abrir una ventana ó balcon aunque fuese en la fachada principal, sin consideracion ninguna á la apariencia exterior del nuevo agujero. . . . El fuego llegó en auxilio del desbarajuste. El tumulto popular de 8 de Junio de 1692, tizno ó consumió con la tea del incendiario lo que no habian deformado las picas de los albañiles, y fué tras de ese incendio cuando vino de España el dicho Juan Peinado á peinar lo que las llamas enmarañaron. Arquitecto ó maestro de obras, el Juan Peinado desprecio como incorregible la fase frontal, y se dedicó á aligerar y enaltecer las arcadas de los patios, labrándolas en *almohadilla*, como están aún las del principal. Era demasiado. . . . Los vireyes, deleitados ante los losanges de piedra del *almohadillado*, se ilusionaron de que su caseron era realmente un pascio, ilusion que dividieron con ellos tres generaciones de presidentes y dos emperadores. Sólo en

1843 hubo un pujo de indignacion contra aquel frontispicio destartalado, y se combinó un proyecto para renovarlo; pero el proyecto se estrelló en las cajas exhaustas del erario. . . . Los gobernantes más espléndidos se contentaron, pues, con parchar ó emperjilar el armazon de cal y canto, con el mismo empeño que se pone en ciertos museos de Historia Natural en pulir y barnizar los huesos de un megaterio. El virey Venegas estrechó el antiguo huerto convertido en Jardin Botánico para hacer un cuartel hácia el lado del Volador; uno de los primeros presidentes levantó en el fondo del patio principal la Cámara de diputados; Santa-Anna renovó la decoracion del salon de recepciones, que él llamó salon del trono; Maximiliano retalló la piedra del patio llamado bajo la República "de la presidencia," y coronó la fachada con dos ángeles de bronce; Benito Juarez hizo el embaldosado del gran patio, y todos los demás pusieron al edificio su adesio en forma de nueva perforacion en los muros exteriores, ó de nueva oficina interior ó superpuesta. La fachada, la pobre fachada, acribillada de claraboyas, ventanas esparcidas sin orden y con 23 balcones hácia la mitad derecha y 16

hacia la izquierda, apareció cierto día de la era tuxtepecana á los ojos de los pacíficos habitantes de México adornada en lo alto con una construcción que primero se creyó fuera un palomar ó institución semejante al Depósito militar, para recoger y mantener á todos los pichones vacantes; pero luego se supo que era fotografía, y los pacíficos habitantes quedaron satisfechos. . . . Sólo algunos hubo que lamentaran que todos los retratistas de la ciudad no subieran á erigir sus fotografías por todo lo largo de la fachada, con el objeto de que ya que se había decidido ponerle una cresta, fuese ésta completa sobre la frente del edificio.

Tal había sido la historia del edificio en que el Estado, el poder de México, radicaba y llegó á encarnar, como en las antiguas monarquías de Europa, encarnaba en la persona del soberano; tal era su formación: heterogénea y antiestética, en su origen como la guerra que lo erigió, apenas corregido en su deformidad por las restauraciones y recomendado ó pegoteado después por la vanidad ó la tontería. Algo recuerda ese Palacio por sus vicisitudes y por su aspecto hostil y

sombrío el *Castello del Santo Angelo* en Roma erigido al borde del Tiber, para ser primero tumba del emperador Adriano y después castillo donde se fortificó la invasión goda. Sin haber sido nunca tumba como el castillo romano, tiene toda su tristeza, quédale como á él indeleble su aspecto de torva expectativa de una agresión que ya nunca se mira, y hasta dos nuevos angeles de bronce que Maximiliano de Austria lanzó en estribos de piedra sobre la fachada reviven en el observador la impresión del angel con la espada desnuda que corona el monumento romano. Castillo de San Angel cuadrado, no circular como el verdadero, en él ha dejado el historiador á Manuel Gonzalez en el primer día de su presidencia y en él le seguirá durante toda ella como en su principal centro de acción.

CAPITULO V.

COMO SE FORMA UN MINISTERIO.

I.

Era preciso un ministerio, y Manuel Gonzalez, aturdido ante la repentina posesion del palacio ante las cajas de la Tesorería completamente vacías y ante su propia vaciedad de experiencia de las innumerables atenciones de un gobierno federal, apenas acertaba á formárselo. Hubo, entónces, de recurrir á la iniciativa privada de los principales amigos que le rodeaban, felicitándole por su elevacion. Porfirio Diaz, bajando de su augusto alejamiento de Cincinnati, se presentó y dijo: "Para Fomento, aquí estoy yo, y en cuanto á Relaciones allí está mi amigo y ex-ministro Mariscal." D. Vicente Riva Palacio, Mentor obligado de todos

los Telémacos de la revolucion porfirista, acercó su barba gris al nuevo presidente para indicarle al sexenario Ezequiel Montes para Justicia y al veracruzano Landero y Cos para Hacienda. Falaban Guerra y Gobernacion, y una voz se dejó oír desde las márgenes del Bravo que decia: "Yo te dí los votos de la Frontera," y otra voz dijo desde la ciudad de San Luis: "Yo te dí los votos del Potosí." La primera voz era de Gerónimo Treviño, la segunda de Carlos Díez Gutierrez, este gobernador, aquel guerrero. No habia mas que meter al primero en Guerra y al segundo en Gobernacion. Y quedó formado el ministerio.

II.

¿Quiénes eran los ministros?

Ignacio Mariscal.

Hombre de virtudes privadas, le faltaban entre sus virtudes públicas las necesarias y eficaces para la situacion. Naturaleza parlamentaria probada

en las luchas de la palabra que secundaron el movimiento de reconstruccion política nacido en Ayutla, naturaleza diplomática formada en la escuela de nuestras relaciones, llenas de actividad y de resistencia del débil al fuerte, con la República Americana; laborioso, *yanquinizado* por educacion sin perder los afectos á su raza y á su suelo que le venian por nacimiento, todas estas eminentes afirmaciones de su personalidad, estaban momentáneamente destruidas por una negacion: la falta de iniciativa y carácter políticos. . . . Como ministro de relaciones estaba bien; como jefe del ministerio en un gobierno militar estaba mal, lamentablemente mal. Como consejero de Manuel Gonzalez estaba peor. El mismo Talleirand se hubiera sentido impotente ante un jefe de Estado que respondiera á sus objeciones y resolviera sus dificultades con una mala razon. . . . Sus mismas cualidades le estorbaban en su puesto: la honradez y el escrúpulo le venian, para la situacion, como los patines para un suelo sin nieve. Aquel hombre sentado en el primer sillón del ministerio olía anticipadamente á víctima. Hacía la impresion de

un primer convidado á un banquete antropófago en que los demás convidados han concertado comersele.

Porfirio Diaz.

Era el sofisma vivo del Ministerio; lo que se va y lo que se queda; la sombra del Comendador saliendo de su propia tumba política por él mismo voluntariamente abierta, para asistir voluntariamente al festin. La opinion popular, siempre materialista en sus comparaciones, veía en él al prior del convento metiéndose á lego, y esa trasformacion apenas puede creerse de los santos. Su simple presencia en el gobierno era una contradiccion; su participacion en el gabinete era un argumento *ad absurdum*. Muerto resucitado al tercero dia, estaba condenado á que las mismas Magdalenas de la política dudasen de prosternársele y adorarle, y á que todos los mexicanos se volviesen para él unos Santo Tomases incrédulos, deseosos de meterle los dedos en las llagas.

El Ministerio de Fomento en su poder no era menor absurdo; eran los ferrocarriles arrastrados penosamente por las mulas de la artillería. . . . No podía ser, y no fué. . . . Su Ministerio bajo Gonzalez fué el heno de Chapultepec fresco á la mañana, seco á la tarde. Un dia muy cercano de su entrada en el Ministerio, se le vió salir de él envuelto en la polvareda de una eleccion oaxaqueña. . . . Parecía Orestes perseguido por las furias.

Francisco Landero y Cos.

La *Partida Doble* se vistió á la ligera y se cubrió con el sombrero de *jipijapa*, y resultó D. Francisco Landero y Cos. Dentro de su blanco chaleco veracruzano bullia una alma que emitia cifras en vez de ideas. La cartera de Hacienda reclamaba á aquel hombre como lo habia reclamado la Aduana de Veracruz, y él respondió yendo hácia ella: ¡Desgraciado! Estaba destinado á ser un banquero á la inglesa, entre chalanes y mercachifles de la Bohemia.

Ezequiel Montes.

Un hombre venerable que casi ya no era más que la aparición de sí mismo, se apareció en el nuevo Ministerio. Recordaba en su figura y en su aspecto algo como el *Centenario* de Balzac. Asistió grave é inmóvil al consejo, se sentó ante su pupitre á firmar casi maquinalmente documentos que apenas veía, se apareció en la tribuna parlamentaria á pronunciar discursos suaves como un murmullo, y desapareció. No fué una muerte; fué una restitucion de la sombra de un hombre al reino de las sombras. Se alejó airado y triste. Le habian traído de personaje pasivo para que trasmitiera su propia respetabilidad á un gobierno. *¡O levis umbra! . . .*

Cárlos Díez Gutiérrez.

Un vivo tan muerto como el agosto Ezequiel... Ya se le verá en el curso de esta Historia cruzando por el Gobierno de González como un suizo por las galerías del Vaticano.

Gerónimo Treviño.

Militar por los cuatro costados, parecia, despues de Porfirio, el único elemento homogéneo con la situacion y con el Gobierno. Sólo podia suceder que la ley física, segun la cual se rechazan dos fluidos del mismo nombre, produjese sus efectos en política. Traia consigo esa personalidad otro gérmen disolvente: era la influencia fronteriza que iba á encontrarse, en el seno del gabinete, con la oaxaqueña representada por el General Díaz, presente ó ausente. Perfectamente soldado y perfectamente ranchero, apegado á sus costumbres y á su gente fronteriza, que hace en la tribu mexicana como una familia aparte, Treviño era el provinciano del Ministerio, y el provincialismo en el poder hace lo que el chisme comadrero en una casa de vecindad.

CAPITULO ALFONSO
 PRIMERO UNIVERSIDAD